

# EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 5 DE JUNIO DE 1932

NÚMERO 23



La ciudad de Oxford (Inglaterra)

## Un estudiante de curandero

Era en una noche sombría de otoño del año 1660. Era el año cuando en Inglaterra elevaron al trono al rey Carlos II, dando fin con esto a la República. A la fonda de un pueblo apartado de la comarca de Oxford llegó un joven a caballo, de aspecto noble. Llamó al criado, le entregó su caballo, entró en la casa y pidió al ama una buena cama y una abundante cena. Después de una hora, le avisaron para cenar. Parecía haber venido de muy lejos; esto se notaba en su caballo, pero también en la manera de atacar la co-

mida, que el ama le puso delante. Tenía hambre, y todo lo que le habían traído desapareció muy pronto.

Era un joven muy guapo, de unos diez y nueve años, con cara franca y una mirada penetrante, que parecía seguir al ama donde quiera que iba. Al principio habló poco, porque estaba muy entretenido con la comida; pero el ama le miraba con agrado, porque parecía ser bondadoso e inspiraba confianza. Realmente, si ella hubiera sabido en qué situación se encontraba su huésped, quizás hubiera cambiado de



parecer. Porque el joven de aspecto tan noble, era un estudiante de la Universidad de Oxford, y había salido con otros compañeros a caballo para hacer alguna trastada estudiantil. Después se habían separado, y, ahora, nuestro joven amigo se encontró solo, sin un céntimo en su bolsillo, en la confianza de que alguna suerte loca le sacaría del apuro.

Encontrándose ya solo en el comedor, acercó su silla a la lumbre, y pensó en su situación. ¡Sus pensamientos no fueron nada agradables! Había llevado una vida desordenada, tanto, que su familia ya casi le daba por perdido. Su padre, un estimado juez de gran influencia en su comarca, era un hombre recto y severo, y nadie le podía reprochar que no hubiese cumplido su palabra. Acababa de escribir a su hijo en su última carta que ya se le había acabado la paciencia. Le había mandado dinero una vez más, pero había añadido: "De ahora en adelante ya no pagaré tus gastos, si no te corriges." Pero él no se había enmendado, seguía viviendo su vida ligera. Después de pasearse por la habitación algún tiempo, se dijo a sí mismo:

"Voy a ver lo que hace el ama, a ver lo que ocurre."

Entró en la cocina, que en Inglaterra suele ser muchas veces el paradero de la familia, y vió al lado del fogón a una muchacha de aspecto débil y cansado, de unos diez y ocho años, hija del ama.

—Padece de una fiebre palúdica muy mala, y está esperando otro ataque, que vendrá esta noche. El día de San Mi-

guel hará un año—dijo la mujer—y ningún médico la puede ayudar. He preguntado ya a muchos, pero la pobre niña va de mal en peor, y se está acercando a la tumba.

—¿Y qué dice su padre? ¡Quizás un médico de Londres la supiera curar!

—Ay, señor; su padre se murió hace ya tres años. Yo soy una pobre viuda, y me he gastado casi mi fortuna para devolver la salud a mi hija; pero todo ha sido en vano.

El joven puso una cara triste y también lo estaba. Marcharse sin pagar sus gastos, ya le parecía bastante mal, pero engañar a una pobre y afligida viuda, que había sacrificado toda su fortuna para su niña enferma. ¡No, eso era una vileza! Se quedó pensativo algún tiempo. No sabemos si acaso había oído ya alguna vez que una voluntad fuerte y decidida de una persona sana, puede ejercer una gran influencia sobre un enfermo. De repente preguntó:

—¿Cuándo suele venir el ataque?

—A las once de la noche.

—Yo la curaré.

—¿Usted, entonces es médico?

—He estudiado con los más sabios, allí donde reina la sabiduría. Que haga su hija lo que yo la mando, así no se repetirá el ataque.

—¿Estás conforme hija?—preguntó la madre.

La muchacha volvió la cabeza, y mientras que la mirada del forastero se fijó en ella la dijo: Sí.

—Volveré dentro de poco; voy a buscar unas hierbas saludables con la luz de la luna.



Con esto salió de la habitación para ir al jardín; saltó la valla, cruzó el prado, y se paseó un rato a orillas del río, cuyas ondas reflejaban la luz de la luna. Cogió hojas de varias plantas, y volvió a la casa sin decir una sola palabra. Las puso encima de la mesa de la cocina, luego las metió en una olla, las removi6 y las machac6 mucho tiempo, diciendo con voz baja, pero así que la enferma le podía oír: “Eta, teta, zeta, phi; kappa, delta, lamda, pi; sigma, gamma, beta, mi; alpha, tau, epsilon, ni; psi, chi, ypsilon rhokyklopedeia.” Luego se acerc6 a la ventana, dej6 entrar la luz de la luna en la olla, sac6 algunas de las hojas y las envolvi6 en unos rollos de pergamino que arranc6 de un librito, que llevaba en el bolsillo; at6 el rollito con un cordoncito de seda y lo sell6 con lacre.

—Ahora me dar6 usted un pedacito de cinta—dijo al ama—era la primera palabra que la dirigía desde que había vuelto del jardín— ...y también pluma y tinta.

Mientras que ella sali6 a traerlo, él ech6 todo lo que quedaba en la olla a la lumbre.

A cada punta del pequeño rollo at6 un pedazo de cinta y escribi6 en el pergamino las letras griegas, repitiendo al mismo tiempo su “Eta, zeta, teta, etcétera, etc.

—Ahora alarga la muñeca—dijo a la muchacha—. Y mientras que por medio de las cintas ataba el rollo a la muñeca, clav6 su mirada penetrante en ella, como si fuera a examinar cada nervio de su cuerpo.

(Concluirá.)

## LAS TRES GOTAS

Alba, el hada bienhechora que protege a las niñas, la que posa su pupila azul en las vírgenes, pasaba una mañana junto a una rosa y oy6 que tres gotas temblorosas pronunciaban su nombre.

—¿Qué queréis de mí, temblorosas gotas?

—Que decidas una cuestión—repuso la primera.

—Proponédmela—dijo el hada.

—Somos tres gotas distintas, queremos que digas cuál de nosotros vale más, cuál es la más pura.

—Habla tú—dijo el hada bienhechora. Y la primera gota trémula, habló de esta manera:

—Yo vengo de las altas nubes y soy hija de los grandes mares. Yo represento el Océano.

—Habla tú, gota brillante—dijo el hada a la segunda.

—Yo soy el rocío, que alienta los lirios; soy la hija de las nieves, que se desprenden cuando la noche oscurece el cielo. Yo represento a la aurora, que es la luz risueña, que es la esperanza.

—¿Y tú?—pregunt6 el hada a la más pequeña.

—Yo nada valgo—respondió ella.

—Dime, ¿de dónde vienes?

—Vengo de los ojos de una niña; fuí sonrisa, fuí creación, fuí amor filial y ahora soy lágrima.

Las otras dos reían de la pequeña gota; pero el hada la tom6 en sus manos y le dijo:



—Esta es la más valiosa, es la más pura.

—Pero yo vengo del Océano.

—Yo salí del seno de la atmósfera.

—Sí, trémulas gotas—dijo el hada—; pero ésta ha salido del corazón.

Y desapareció, llevándose a la gota humilde.

### El cuento de risa más antiguo

El cuento de risa más antiguo que se conoce es uno que figura en un papiro de la sexta dinastía egipcia, que se conserva en Berlín. El papiro es del año 3200, antes de la Era Cristiana, y el cuento es el siguiente:

“Cierta escriba, que trabajaba en el templo de Thoth, tenía por vecinos en los cuartos contiguos al que él ocupaba un broncista y un carpintero.

Estos honrados menestrales eran muy trabajadores, y hacían tanto ruido durante el día y gran parte de la noche, que el pobre escriba creía volverse loco, hasta que, al fin, se le ocurrió hablar con cada uno de sus dos molestos vecinos y ofrecerles una cantidad a condición de que se mudasen de cuarto, cosa que ambos hicieron con mucho gusto. El broncista se fué al cuarto del carpintero y el carpintero se mudó al cuarto del broncista.”

El cuento viene haciendo reír a las generaciones de hace cinco mil años.

---

PRECIOS DE SUSCRIPCION: *Por un año:* en España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50. — LIBRERIA NACIONAL Y EXTRANJERA: Caballero de Gracia, 60, Madrid.

## LA INUNDACION

### ANTES

Todo respira paz: la fértil vega, el cielo transparente, el bosque umbrío y el viento, que en las márgenes del río sus alas bate y con las ramas juega. Abre sus cauces el Segura y riega los campos, secos por tenaz estío, do redoblando su fecundo brío el ribereño a su labor se entrega. A través de la copa embalsamada de los verdes naranjos, su dichosa casa que dora el sol, cerca, divisa. ¡Cuán feliz es! Alegran su jornada el dulce canto de la amante esposa y de sus hijos la inocente risa.

### DESPUES

¡Ay! Todo inspira horror. La noche [oscura tendió su manto, y en la sombra en- [vuelta, su audaz corriente, alborotada y suelta, extiende hasta los montes el Segura. Arrolla cuanto encuentra en la llanura, con ímpetu feroz, la onda revuelta: el puente secular, la torre esbelta, el molino, la casa y la espesura. Hallando el valle a su soberbia estrecho, no respetó el torrente embravecido el templo augusto ni la humilde choza. Y el labrador, en lágrimas deshecho, sin amores, sin hijos y sin nido, sobre las ruinas de su hogar solloza.

G. NÚÑEZ DE ARCE.